

Mis animales que no vemos

Manuel Marín

Reconocido pintor, escultor, dibujante, profesor y teórico mexicano. Ha publicado cuatro libros teóricos: *Espacio y Cosas* (1994), *El tiempo de la pintura* (1996), *Intenciones del ver* (2000) e *Imagen* (2007) y los siguientes libros ilustrados: *Animales en el agua de papel* (1996), *La caja maga* (2005), *Juan O'gorman. Un autorretrato pintándose* (2006) y *Primavera* (2006)



Yo tengo tres animales. No, lo que tengo son tres formas de animales. No, tampoco. Lo que en realidad quiero tener es tres maneras de armar, diría ver, los animales que veo. La primera manera de ver mis animales es a través de geometrías transparentes.

Después, la segunda, es aquella que recorta, dobla y arma perpendicularmente los planos de sus formas. Trabajando para ello el metal, la madera o la cerámica.

De esta manera vemos sus estructuras como formas y sus movimientos (aunque éstos permanezcan quietos) como figuras, que quieren que veamos en perspectiva, con fugas y escorzos dibujados. Creo, creemos, los animales y yo, que con ello regresamos a la primera manera, la dibujada en el papel. O bien, la primera manera se vierte en esta segunda, representando el espacio al vaciar el volumen, sintiendo así la figura que lleva el animal a la mirada.

La tercer manera es sólo la estructura y su representación plana o “dobleteada”.

Se duplica o triplica un plano paralelo a nosotros. Creemos ver que lo repetido es un volumen, aunque no lo sea. Eso que vemos es un plano doblado que representa un espacio, aunque no lo es.

Estos planos son continuos, es un solo plano atravesado varias veces por dobleces, cortes y planos “aplanados”.

Ahora sí puedo decir que tengo tres animales en tres maneras diferentes. Estructuras que veo y vemos, sin que propiamente sean esas estructuras, esas formas y sobre todo esos animales.

Para el juego que jugamos con ellos, son realmente animales. Ya sean de papel,

de madera, de metal. Dibujados o pintados, contruidos o simplemente mostrados en una hoja.

Me gustan los animales porque son formas; me gustan, más bien, las formas de los animales porque son diferentes. La forma de un cocodrilo me habla de lo largo, la de un elefante de lo masivo, la de un insecto de lo planificado. Encontrar estas coincidencias de la forma son las motivaciones que tenemos para verlas armadas sin ser las mismas formas.

Las formas de mis animales pensadas de esa forma, “quieren” emprender dos caminos.

Primero, jugamos al armarlos; después, armados son juguetes con los que jugamos pensándolos animales.

En cuanto al primer camino tenemos que verlos con o sin color. Si los vemos sin color el juego es solamente del espacio, si los jugamos con colores tenemos que pintarlos.

Toda figura en el espacio para nuestros ojos siempre tiene una parte oculta, la de atrás. Tenemos que voltear la figura. Este es un juego de todos los animales.

Mis animales se han pintando de un color un lado y de otro color el otro. Así, la memoria, sin saberlo, piensa o recuerda dos animales en uno o una en dos figuras.

Las formas de todos los animales las llamamos cuerpos. Todos los cuerpos de mis animales están representados. El juego de representaciones busca, en la diferencia entre el juguete y sus referentes, ser un cuerpo no representado. Trato de conseguir esto con geometrías transparentes. Por ejemplo, un cubo que en el espacio siempre tiene seis caras, dibujado en un papel, propiamente tiene una sola (la superficie que lo soporta dibujado). Pero este dibujo siempre nos presenta, visibles, tres caras. Cada cara, hay que decirlo, no

tiene la misma forma en el cubo dibujado. De esta manera leemos la forma aprendiendo de ella la estructura. Un poco después podemos dibujar, representar, el cubo transparente. Sólo así vemos, aunque deformadas, las seis caras. Estructura que ahora leemos como una figura que pensamos como cubo. Todos los cubos transparentes, con los que se llega a construir el cuerpo de un animal de esos que son como los míos, juegan a ser leídos en el espacio en movimiento. El juego de sus cuerpos consiste en el ejercicio simple de hacer opacos o transparentes esos cubos. Viajamos de lo masivo a lo evanescente, viaje que además puede tener múltiples variaciones. Digamos por ejemplo que un cubo transparente dibujado tiene 12 líneas que lo arman. Cada línea puede estar presente o no, digamos que hay 4.096 diferentes dibujos que de este esquema pueden hacerse hasta llegar a no dibujarlo, cuando (claro) ninguna de las líneas esté,

ya, graficada. Dibujadas las líneas o no, permiten leer al cubo como si lo volviéramos sólido o transparente, verlo desde arriba o desde abajo, verlo abierto o cerrado, verlo como planos sueltos o conectados.

Mis animales juegan viéndose ellos mismos (por arriba, abiertos, transparentes o hasta geométricos). Pero este juego, cuando se hace en el espacio “real”, nos engaña doblemente. Primero, al pensar que son cuerpos volumétricos; después, al creer que esos cuerpos volumétricos, no obstante estarlos viendo “realmente”, los leemos (desde arriba o agujerados, transparentes o pintados).

Mis animales son juegos de formas que armamos para leerlos como las figuras que queremos ver.

Si llegáramos a verlos de otra manera, les juro que no es mi culpa, sino del espacio, que como sabemos y pocas veces nos damos cuenta: “No vemos”. ◀▶

